

LA IDEA

PERIÓDICO SEMANAL



SUSCRIPCIÓN.—TRIMESTRE, 1 PESETA.—NÚM. SUELTO, 10 CTS.—ATRASADO, 25 CTS.

REDACCIÓN: PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN.—ANUNCIOS: A PRECIOS CONVENCIONALES.

HIGIENE

—0—

Sin malevolencias para nadie, sin encubiertos fines, libre y desembarazada nuestra pluma de toda bizantina pasión que pudiera torcer su curso, en pró o en contra de personas determinadas, y sólo atentos á los requerimientos de nuestra voluntad, impulsada por sincera devoción á cuanto signifique cultura y bienestar para este pueblo, queremos hoy llamar la atención del vecindario y de las autoridades, acerca del abandono lamentable en que se tienen aquí las leyes y aun las reglas más elementales de la Higiene y de la Moral pública.

Es bochornoso, en verdad, el cuadro que, á propios y extraños ojos, brindamos, por lo que á la limpieza y ornato se refiere.

Dejemos á un lado esos montones de escombros, y esos muros medio destruidos, y esas acequias descubiertas, y esas calles de nuestros pecados, en las que á cada paso tropieza el transeunte con ripios y basuras; todo eso, que inspirara á un ilustre amigo nuestro, gran amante de Dalías, donde transcurrieran su infancia, la pase feliz de que esta villa parecía «una población que acabarían de bombardear.»

Fijemos nuestra mirada en los muladares que existen en lo más céntrico; debajo de la plaza del Mercado, en muchas callejas de lo más transitado por ser travesía de calles principales.

Un vecindario poco escrupuloso en punto á pudor y ofato, por inveterados hábitos nunca combatidos, ha trocado aquellos lugares, en letrinas repugnantes con grave peligro para la salud de todos, ofensa de la Moral y molestia del estómago de muchos, que en las noches de calor, al buscar el aire libre, puras brisas que suban del mar ó frescos soplos que bajen de la sierra, sólo reciben el «delicado» aroma de algo que no «huele» á «ámbar» ni á esencia de rosas.

Para colmo de desdichas, en la rambla de Gracia—el sitio no puede ser más estratégico,—no sólo se depositan á diario excrementos é inmundicias de todo género y especies, si que también, animales muertos. No nos dejarán mentir los vecinos que tienen la malaventura de habitar cerca de dicha rambla, condenados á náuseas frecuentes

No há muchos días, se han arrojado allí dos cargas de pescado podrido, sin cuidarse de enterrarlo, y á despe-

cho de alguien que hubo de protestar enérgicamente contra tan incalificable abuso.

Esto no debe, no puede contemplarse, sin que clamen por sus fueos la salud pública seriamente amenazada, el bienestar de los habitantes de esta villa, y la civilización, á la que ya es obligado rendir culto, y es además depresivo para el nombre de nuestro pueblo.

Ahora ¿de quién es la culpa? De todos, pero más especialmente de los que han venido ejerciendo autoridad durante años y años; que no fuera justo atribuir los referidos males, á los que hoy nos administran y gobiernan.

Nosotros, salvando todos los respetos, no permitimos excitar el celo de estos últimos, para que, velando por la fiel observancia de lo preceptuado en las leyes y reglamentos vigentes en la materia, inicien activa campaña, contra los infractores de dichas disposiciones. Nos interesa, defendiendo la salud del vecindario y el prestigio de Dalías, intereses ambos, merecedores de ser servidos con verdadero amor.

EN LA PENDIENTE

¡Pobre huerfánica
tan buena!... tan guapa!...
tortolilla perdida en el bosque,
sin calor y sin nido y sin alas!
Vestida de negro,
tu carne, ¡tan blanca!
tu carita de cera... pareces,
huerfánica, una muerta que anda.
Tus días ¡que tristes!...
tus noches, ¡que largas!...
por las calles sin rumbo, cantando
al compás de tu ronca guitarra.
florecilla muerta,
¿qué viento de infamia
te arrancó de aquel valle tranquilo
donde alegre, brillante, en tu infancia?
¿de qué negro crimen,
la cadena arrastrar?
estrellita del cielo, ¿qué nube,
el fulgor de tus luces empañar?...
Si en tu alma no hay culpa,
si en ella no hay mancha,
si es un copo de nieve, escondido
en el cáliz de un lirio, tu alma;
si en tu azul pupila
tiembla ¡las miradas
como tiemblan los rayos de luna
sobre el limpio cristal de las aguas;
¿por qué, ese Dios bueno,
por qué no te ampara,
y te deja solita en en el mundo
sin abrigo y sin pan y sin casa?

Tu suerte me asusta,
niña desgraciada.
Los chacales del vicio te cercan,
en la sombra afilando sus garras.

Y eres tan hermosa!
tan jóveni... tan cándida!...
tu camino es, ¡tan largo y tan duro!...
y es el hambre, tan mala... ¡tan mala!
¿En que horrible abismo
te hallaré mañana?...
¡ay! ¿quién sabe si, el búcaro roto,
la azucena se enloda en la charca?
Pobre huerfánica,
tórtola sin alas;
¡que el Señor te proteja y te guíe!
¡que no olvides jamás tu guitarra!

RAMÓN GIMÉNEZ LAMAR.

DE COLABORACIÓN

LA PARÁBOLA DEL LEPROSO

Resplandecían las lejanas montañas envueltas en la polareda de oro del sol de Nizán. Largas caravanas de camellos se perfilaban lentamente en los arenales. Grupos de mujeres con el ánfora al hombro, regresaban cantando de las cisternas. Un águila negra, una de esas voraces águilas que anidan en los altos promontorios de Judea, cercándose sobre las montañas, se movía sobre la tierra.

Jesús, en compañía de tres de sus discípulos, iba á Bethlem, llamado por una pobre viuda cuyo único hijo agonizaba invocando febrilmente el nombre de aquel dulce Rabi de Galilea, un amigo de los niños, á quien viera una tarde, junto al brocal del pozo de Jacob, curar con el solo bálsamo de sus palabras, á un viejo pastor de las Idumeas, mordido en el brazo por una serpiente venenosa.

Hablaba de la caridad. Sus ojos ardían como soles entre la sombra oscura de las pestañas. Sobre su túnica blanca con franjas cenicientas, flotaban, desmelenados los cabellos. El viento de la tarde hacía estremecer y ondular sobre el pecho su larga barba de nazareno, puntiaguda y acaracolada.

—Sé generoso—decía—; pero no humilles al desvalido con tu generosidad. Cuando des limosna, no mandes tocar delante de tí tropezetas de plata, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las plazas. Socorre en secreto; aquel que oye y ve en secreto, te recompensará.

Si voz era lenta y suave. Las mujeres se paraban para oírle, mirándole con los ojos húmedos de ternura. Los niños acudían, sonrientes, á besar las orlas de su manto. Desde los sembrados próximos, los labradores le saludaban, agitando los brazos.

—¡Se están cumpliendo las profecías! ¡Hosanna al Hijo de David, al enviado del Señor! ¡Hosanna!... Hosanna!...

Jesús continuaba.

—No seas como esos ricos licenciosos y avaros que alimentan á sus siervos con la sobra de sus festines. Sienta los desheredados á la mesa de tu corazón, y parte con ellos tu pan y tu vino. Si ves á tu hermano llorar no intentes consolarlo con prudentes palabras... Llévra con él. Esta es la verdadera caridad.

Caminaba lentamente. Bandadas de cigüeñas chispeaban al sol como flechas de oro. Los rebato sesteaban á la sombra de los olivos polvorientos. Un pastor tañía un rabel, á compás de una mót na canción patriarcal,